



El Golem

Textos: Gustav Meyrink

Ilustraciones: Santiago Valenzuela

Traducción: José Rafael Hernández Arias

Astiberri Ediciones. Bilbao, 2010

Blanco y negro. Cartoné

272 páginas. Tamaño 17 x 24 mm. 20 euros

Colección Clásicos Ilustrados Astiberri

ISBN: 978-84-92769-51-3

A la venta el 28 de mayo

El Golem bajo la mirada de Santiago Valenzuela

El dibujante nacido en San Sebastián se “libera” con la aguada para adentrarse en las penumbras del gueto de Praga recreado por Meyrink

El Golem, una obra del escritor vienés Gustav Meyrink con ilustraciones del dibujante Santiago Valenzuela, continúa –junto con *Solomon Kane*, de Robert E. Howard, revisitado por David Rubín– la colección Clásicos Ilustrados de Astiberri, en la que una recopilación de relatos, o como en este caso una novela completa de un autor de referencia de la literatura, es interpretada gráficamente por un dibujante de cómics con una serie de ilustraciones distribuidas a lo largo del libro principalmente a toda página.

Meyrink publica en 1915 *El Golem*, su primera novela, que resulta ser un éxito inmediato y pasa a convertirse en todo un clásico de la literatura fantástica del siglo XX. Para su redacción, se apropia, dándole una impronta muy personal, del mito del gólem nacido de la tradición judía, según el cual era posible animar una figura de barro colocando bajo su lengua ciertas palabras mágicas.

Por un lado, es un relato trepidante, que se aproxima incluso a la literatura popular o de género, pero por otro, roza a veces lo iniciático o lo hermético. Meyrink pasa sin apenas transición de lo truculento a lo grotesco, y de ahí a la elevación lírica y sentimental, donde se dan cita la Cábala, el humor negro y la denuncia social. El resultado sigue fascinando a cada nueva generación de lectores.

Santiago Valenzuela precisa que gráficamente intentó no tener ningún referente aunque reconoce que sí tenía en su cabeza alguna de las imágenes de la película homónima expresionista de 1920 de Paul Wegener, sobre todo para la figura del propio Golem «macizo y macrocefálico, torpón y con una pelambre un poco a lo beatle».

Para las imágenes del gueto praguense, en cambio, cree que se habrán mezclado cosas de lo más diversas «en esas calles que aparecen en las ilustraciones, estrechas y hacinadas, o en las casas que las forman, que son un personaje más de la novela si no el principal». Santiago ha visitado Praga un par de veces y ha visto «algunos de los escasos restos del viejo gueto, la sinagoga, el cementerio...», pero cree que mucho más presente, seguramente, «ha estado el recuerdo del gueto veneciano, que conozco mejor y da una idea creo que bastante más aproximada de lo que debía de ser aquello».

En cuanto a la técnica, poder contar con páginas enteras le ha servido a Valenzuela para, en cierta forma, “soltarse”: «por eso es todo aguada y algo de barras de pastel para sacar luces”. Y es que «después de años de andar a vueltas con el detalle y la línea, era un poco una forma de liberarse. Me parecía que el tono general del relato, más que cortante, era brumoso o penumbroso, lleno de nieblas y entrevisiones, y que cierta vaguedad de contornos y formas, un poco de irrealidad en las luces, le venía bien», añade el dibujante de origen donostiarra pero residente en Madrid.

Con esta propuesta, Astiberri pretende dar un paso para estrechar vínculos entre clásicos literarios y autores de cómic aportando una visión iconográfica inédita hasta la fecha, en la que el ilustrador es también un narrador de oficio que busca ser respetuoso con la tradición y a la vez contemporáneo. La colección comenzó su andadura el pasado 16 de abril con *Monkton el loco*, de Wilkie Collins, con ilustraciones de Fidel Martínez y *El mundo perdido*, de Arthur Conan Doyle, que contó con el trabajo gráfico de Sagar Forniés.

Gustav Meyrink (Viena, 1868-Starnberg, Alemania, 1932), hijo ilegítimo de un amorío entre una actriz y un barón, su juventud transcurre en las ciudades de Hamburgo, Múnich y Praga, ciudad esta última que le atrapa y donde acabará situando sus escritos más célebres. Hombre de turbulenta vida nocturna y marcado carisma, subyugado por el espiritismo y la alquimia, creyó haber encontrado con *El Golem* la fórmula mágica argumental dado el éxito cosechado de forma casi inmediata a su publicación, que encabezó la lista de los libros más vendidos hasta 1940. Sin embargo, pese a la sobresaliente fama que logró alcanzar, al haber vendido sus derechos y no participar de las ventas, no se benefició del éxito que le habría solucionado la vida en términos económicos. En todo caso, Meyrink, ese «buen terrorista de la literatura fantástica», como se refirió a él Borges, merece incluirse en la lista de grandes poetas visionarios de la historia como Hoffman, Poe, Blake y Böhme.

Santiago Valenzuela (San Sebastián, 1971), licenciado en grabado por la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense, ha trabajado como ilustrador para distintos medios como *El País Semanal* y empresas de publicidad y de diseño, aunque dedica la mayor parte de su tiempo al cómic. Colaborador en diversas revistas como *Tos*, *Humo*, *Cretino* y *Dos veces breve.*, ha publicado los monográficos *El lado amargo* y *El gabinete del doctor Salgari* (Astiberri, 2005 y 2007); *Sociedad limitadísima* (Ariadna, 2005), el guión dibujado por David Ortega, *Nietos del rock'n'roll* (De Ponent, 2010), y seis volúmenes de la serie *Las aventuras del Capitán Torrezno* editados todos ellos por De Ponent, una de las obras más originales e imaginativas del cómic español de la última década: *Horizontes lejanos* (2001), *Escala real* (2003), *Limbo sin fin* (2003), *Extramuros* (2004), por la que fue nominada como mejor obra y mejor guión a los premios del Salón Internacional del Cómic de Barcelona de 2005, *Capital de provincias del dolor* (2005) y *Los años oscuros* (2006). Actualmente está trabajando en dos nuevos tomos de la serie que verán la luz en 2010.

GUSTAV MEYRINK

—No creería en él aunque lo viera aquí ante mí en la habitación —respondió Hillel con toda tranquilidad y lanzándome a mí una mirada. Entendí el doble sentido que se insinuaba en sus palabras.

Zwakh dejó de beber por el asombro:

—El testimonio de cientos de personas no significa nada para usted, Hillel? Pero espere, Hillel, piense en mis palabras: ¿en la judería habrá ahora crímenes tras crímenes! Lo conozco. El Golem lleva tras de sí una siniestra comitiva.

—La acumulación de sucesos semejantes no es nada extraño —replicó Hillel. Hablaba mientras caminaba, se acercó a la ventana y miró hacia abajo, hacia la chatarrería—. Cuando sopla el viento tibio se agitan las raíces. Tanto en las dulces como en las venenosas.

Zwakh me guiñó el ojo divertido y me indicó a Hillel con la cabeza.

—Si el Rabbi quisiera hablar, podría contar cosas que nos pondrían los pelos de punta —dijo a media voz.

Schemajah se volvió.

—No soy un Rabbi, aunque pueda llevar el título. Sólo soy un pobre archivero en el ayuntamiento judío y llevo los registros sobre los vivos y los muertos.

Sentí que en sus palabras había un significado oculto. También el titiritero pareció percibirlo inconscientemente. Se calló y durante un tiempo no habló ninguno de nosotros.

—Escúcheme, Rabbi, perdone, quiero decir «señor Hillel» —comenzó a hablar Zwakh tras un rato de silencio, y su voz sonó llamativamente seria—, hace tiempo que quería preguntarle algo. No necesita responderme, si no quiere o no puede...

Schemajah se acercó a la mesa y jugó con el vaso de vino... no bebió; tal vez se lo prohibiera el ritual judío.

—Pregunte con tranquilidad, señor Zwakh.

—¿... sabe algo sobre la doctrina secreta judía, la cábala, Hillel?

—Muy poco.

—He oído que hay un documento del cual se puede aprender la cábala: el Zohar...

—Sí, el Zohar... el libro del esplendor.

110

